Recuerdos

EL CAÑON DE ANISCLO

Este artículo, que modestamente escribo, lo gesté tras la escucha de una entrevista radiofónica que se hacía a un veterano montañero vasco. El locutor preguntaba al entrevistado:

—¿Cuál es la excursión o ascensión que mejor recuerdo guardas?

Me sorprendió que la pregunta se respondiera sin ninguna duda ni evasiva. El entrevistado recordaba dos salidas con preferencia total sobre todas las demás, que eran o son muchas, ya que su categoría montañera es reconocida en todos los ambientes.

Ese detalle, esa sinceridad, me ha hecho revolver mi baul de recuerdos, e igualmente he encontrado una salida montañera que creo, es la que más quiero. ¿Por qué?, no era una ascensión a un pico lleno de dificultad, que siempre complace soberanamente cuando se vence, era una travesía sin dificultades técnicas, pero en la que a lo largo de todo su recorrido vivimos «un montañismo total» en todos sus aspectos; ...los recuerdos me llegan nuevamente muy revueltos, voy a intentar colocarlos con un orden...

Es el verano de 1975, partimos para el Pirineo para tres días. Uno de esos puentes tan apreciados. Días 18, 19 y 20 de julio. Nuestra idea, recorrer todo el Cañón de Añisclo. Creo que este cañón es conocido por todos los montañeros y pienso que sobra toda explicación adicional sobre el mismo.

Por aquellas fechas numerosos medios de comunicación social habían lanzado S. O. S. para evitar la construcción de una presa en el interior del estrecho valle, por la empresa Hidro-Nitro, cuya financiación y edificación era extremadamente fácil y de poco costo debido a las características geográficas de la zona. Igualmente era actualidad la iniciativa de ICONA y su petición, respaldada por numerosas firmas, al gobierno para

ampliar el Parque Nacional de Ordesa hasta las gargantas de Escuain, incluyendo, por lo tanto, al cañón, lo que evitaría radicalmente toda posibilidad de industrializar la montaña.

El Cañón de Añisclo, ante el temor de su desaparición para el montañismo, nos pedía ser visitado y conocido en todo su recorrido. Una visita a fondo, total, desde su comienzo en la parte más baja, oscense, donde las montañas no destacan por sus alturas y las tierras que las rodean sí por su sequedad y boj que por el terreno que circunda las grandes alturas, relativamente cercanas, hasta su final en la Alta montaña.

No es mi interés relatar paso a paso la travesía, primero porque todo ello ocuparía excesivo espacio, y sobre todo porque mi descripción no alcanzaría ni por mucho la realidad que reúne este cañón pirenaico. El lector tiene que comprender que el cañón debe ser andado, paso a paso, deteniéndose en todos los rincones que él crea conveniente, con la mochila a la espalda, sin prisas. Dos días son necesarios para lograrlo, según mi opinión, y luego, creo, que el visitante podrá unirse, como yo lo hice, con total conocimiento a las peticiones de «NO A LA PRESA DE HIDRO-NITRO».

Quiero ofrecer mis recuerdos, gratos, muy amados por mí, que han hecho que esta travesía haya quedado tan bien grabada en mi memoria.

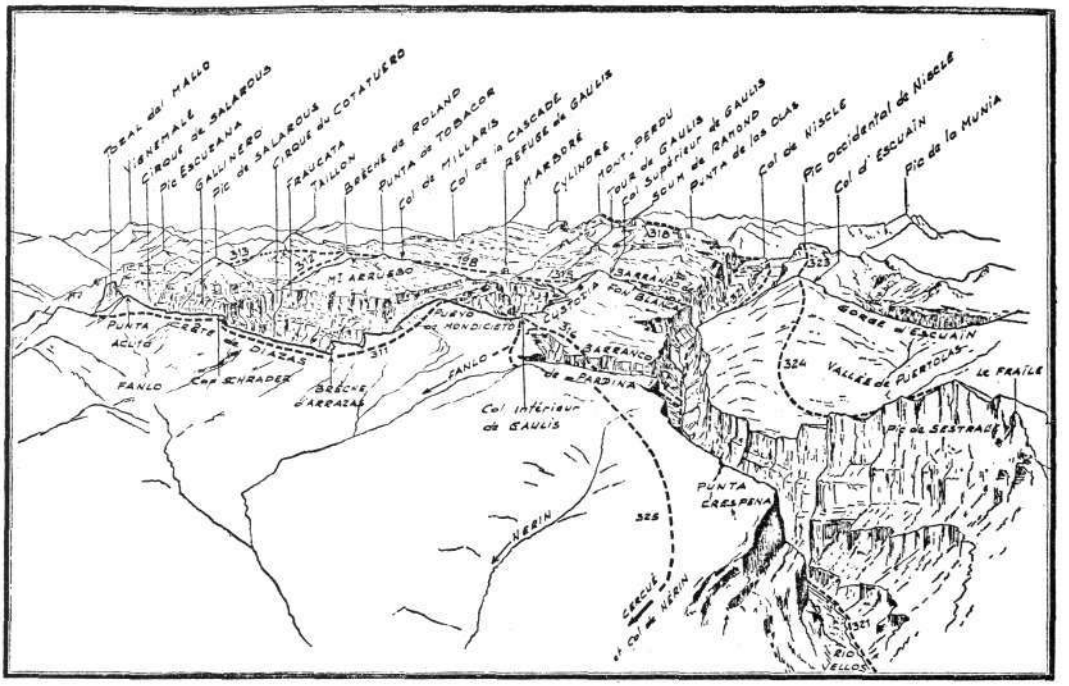
...¡Qué agradable satisfacción produce programar una salida con viejos amigos!, viejos amigos en el sentido antiguo, con los que uno se ha iniciado en la montaña en su juventud o infancia, y con otros, de los que se guardan los mejores recuerdos por sus enseñanzas, y con los que normalmente no se sale a la montaña. Así fue en esta ocasión.

Recuerdo que en espera del autobús que nos trasladaría al Pirineo, (volvíamos a los primitivos medios de comunicación de nuestros comienzos, que siempre defenderé, porque considero que cumple una perfecta función en la iniciación al montañismo en las edades jóvenes), estábamos en una terraza de una céntrica cafetería donostiarra en una hora cercana a la medianoche. Hacía calor, presumiendo tormenta. Iniciábamos la aventura, porque la montaña es aventura, y más cuando se va hacia un recorrido desconocido, como lo era la travesía del Cañón de Añisclo desde Escalona hasta el circo de Pineta, cuyo parador sería la meta y donde el autobús nos recogería.

Las mochilas con el peso bien calculado nos acompañaban en la espera, con grato ambiente montañero, con ese sabor de excursión de club de nuestra juventud. Risas, bromas, chistes y recomendaciones recordando no haber olvidado nada en nuestros domicilios.

Vario amigos, «de los de siempre» estamos reunidos, ello hace que uno se sienta a gusto, ilusionado ante esa paliza que nos espera, durante el nocturno zampa kilómetros que conviviremos en el autobús.

La tormenta que tuvimos a la altura de Ordesa, acompañada de rayos y truenos despertó al grueso del autobús que había logrado conciliar el



sueño, igualmente innumerables rebaños de ganado vacuno que durante muchos kilómetros ocuparon el asfalto, en su lento deambular hacia los ricos pastizales de Bujaruelo, nos alborotaron. Fueron momentos de bullicio, divertidos, plenos de bromas.

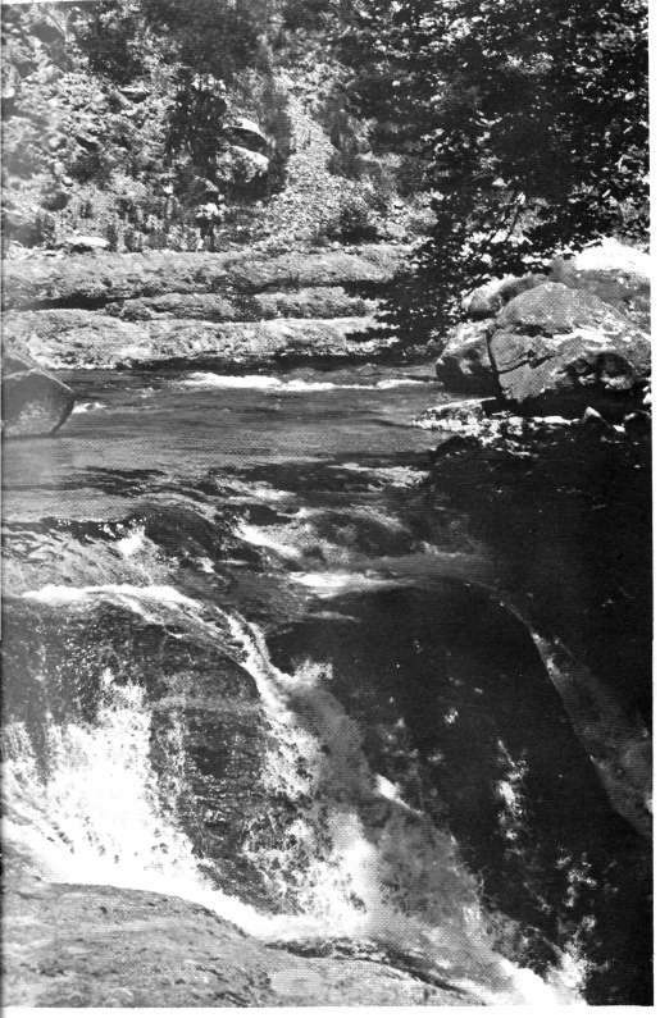
Al amanecer, cuando las primeras luces iluminan el nuevo día, salvábamos los últimos metros en cuesta, que nos dejarían en el tranquilo y en aquellas horas desierto, pueblo de Laspuña.

Nuestros cuerpos salen del autocar magullados, nuestra caras están cansadas, con los ojos pidiéndonos descanso y comienzan a conocerse las primeras bajas, que prefieren el río. Cierto que muchos igualmente lo pensamos, pero nuestra idea era otra.

He querido relatar este viaje, porque pienso que algunos de ellos, como éste, forman parte de la salida montañera, suelen estar dentro del plan general. No quisiera haber aburrido al lector.

A las siete de la mañana, tras descender por carretera de Laspuña a Escalona, penetramos en el cañón de Añisclo. Los primeros kilómetros los hacemos sobre una pista, construida, por cierto, por Hidro-Nitro, trazada sobre el camino «viejo». Ya en estos inicios se ha deshumanizado la montaña, hacia su destrucción. Nos cuesta entrar a las paredes que a izquierda y derecha configuran el estrecho valle. Estos primeros kilómetros son cansinos en razón a la fatiga que portamos.

Son las primeras horas del día 18. Estas se ven turbadas por los co-



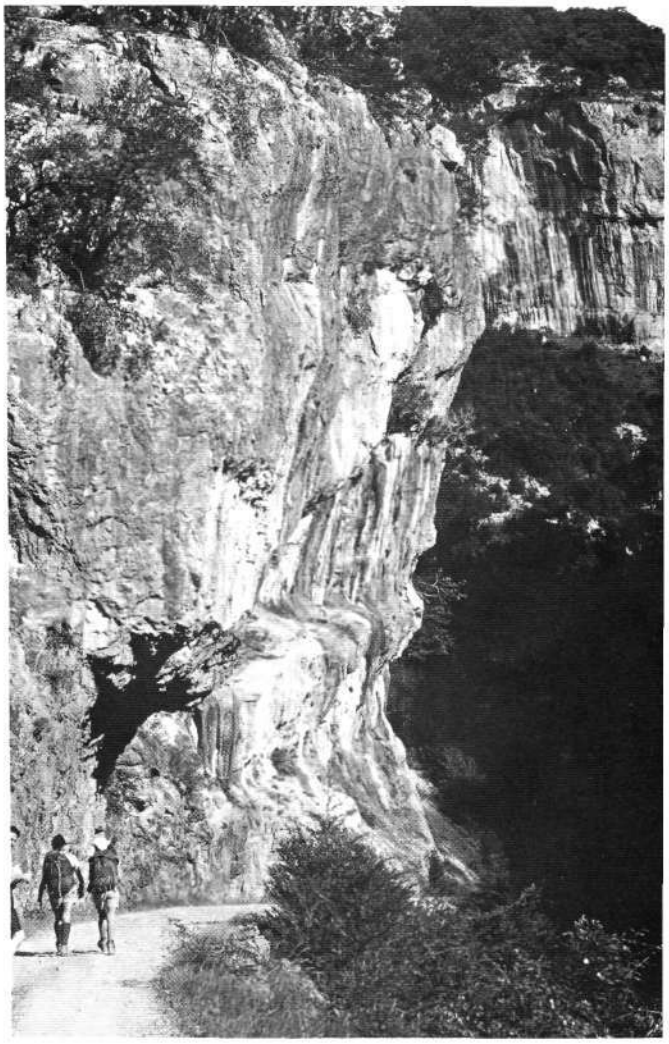
El cañón en sus inicios.

ches que han hecho acto de presencia, levantan excesivo polvo, molestan con su ruido e invaden la montaña. Desaparece la quietud. La mayoría se dirigen a la fuente Termal de Puyarruego, que según sus propiedades, sana algunas enfermedades. La fuente está situada junto al caudal del Río Vellos, a nuestra derecha.

Particularmente he de reconocer que la aparición de los automóviles perjudicó el buen sabor que hasta el momento teníamos, tanto mis compañeros como yo. Comprendo que el progreso nos trae esto. Las personas no montañeras desean conocer los parajes más bellos de la naturaleza con su mínimo esfuerzo. Cierto que esto destruye el ¿verdadero? espíritu montañero o por lo menos el más antiguo, aquél que nos contaban o hemos leído, que para llegar, por ejemplo, al pico de Anie, había que partir de Isaba, debiendo pernoctar en la montaña antes del regreso, tras la cima, o que desde la borda Pedregón, ya dentro del valle, únicamente los buenos andadores podrían regresar en el día. Todo esto contrasta con el montañismo actual, que permite mayores ascensiones gracias a las carreteras y coches que nos aproximan mucho más a la montaña. La travesía de este relato nos hacía penetrar en el túnel del tiempo hasta algunos años atrás, porque desde el llano hemos de llegar hasta las nieves perpetuas a través de un itinerario nuevo, salvaje en su mayor parte (salvo los kilómetros de pista) y sin esa multitud humana que bulle e inunda cualquier macizo excesivamente divulgado, como bien puede ser el vecino parque de Ordesa en este caso. Cuando Ordesa se veía colmado de un excesivo público amante y no amante de la naturaleza, nosotros, paralelamente, tras la confluencia de los ríos Aso y Vellos, nos hallábamos sõlos, únicamente turbados por nuestras voces y pasos.

Es mi deseo describir las primeras entrañas del cañón. Este se estrecha soberanamente, perfectamente cerrado en sus paredes, en el cual

sólo existe el paso para los caminantes y el río Vellos a la derecha, que limpio y saltarín corre por su caudal hasta su desembocadura en el Cinca. Nuestras miradas son siempre hacia el río y hacia los altos. Me entusiasmo recorriendo con la vista las encrespadas aristas cuyo telón es el cielo por donde corren a gran velocidad nubes blancas semejas al algodón. Es el pico del Fraile el que más nos llama la atención, ya que su silueta nos acompañará durante varios kilómetros. Su configuración cambia según nuestra posición y me figuro que será una preciosa presa para el amante de la escalada pura. Su situación es a la derecha del pico Sestrales.



El camino.

El cañón se nos abre tras cuatro horas de marcha. Allí finaliza la pista, donde se unen los ríos Aso y Vellos, por donde se puede llegar hasta Fanlo pasando por los solitarios pueblos de Sercué y Nerin, que uno no se explica cómo se han edificado en las entrañas de esta montaña.

Siempre al norte y a la derecha vemos cómo continúa el embudo cuya única abertura es el cielo.

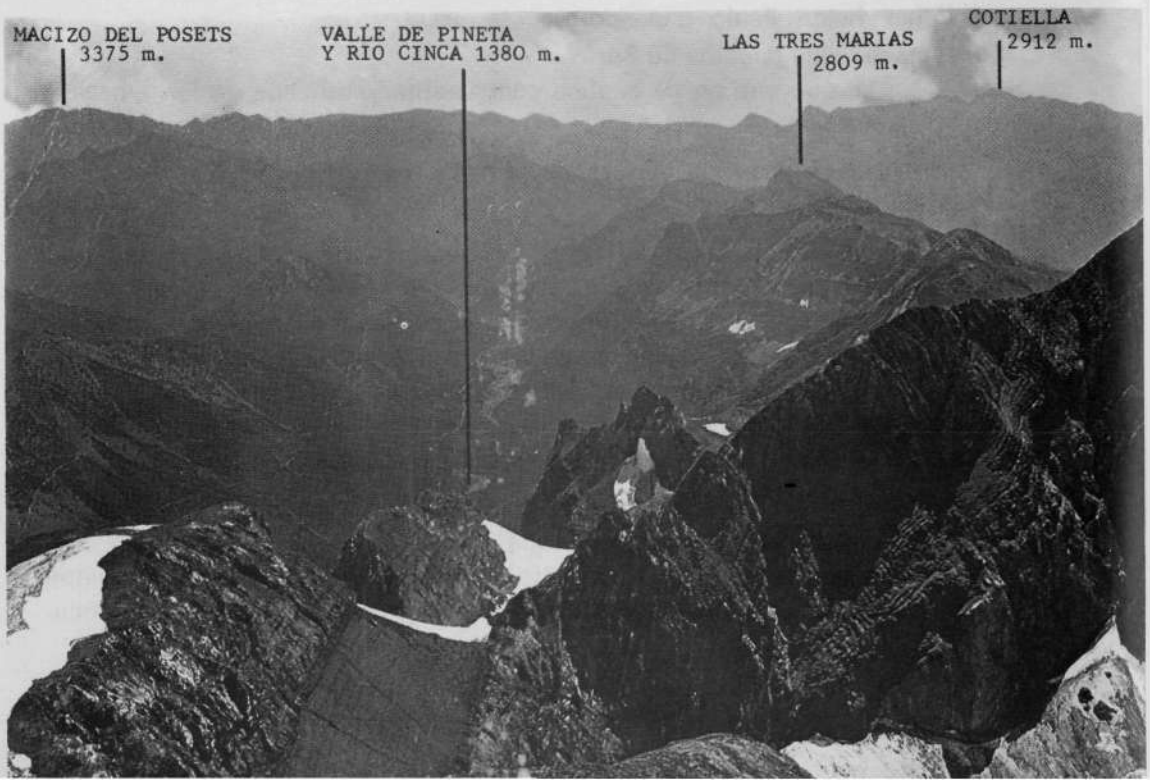
Es obligatoria la parada y así lo hacemos. Entra bien un buen almuerzo a base de latas, fiambres, etc., regados con el vino que hemos incluido en nuestro bagage. Es un buen descanso en el que nos relacionamos todos, con bromas sanas que hacen conocer a las personas y obligan a olvidar todos los problemas cotidianos. Las excelencias montañeras son nuestro único tema de conversación, extasiándonos con las continuas miradas a los altos de esta sierra puntiaguda, cubiertos de cierta maleza.

Quiero hacer un apartado para resaltar la compenetración que existe en nuestro deporte. Allí nos habíamos reunido unas personas de las cuales algunas nunca nos habíamos visto y parecía como si fuéramos amigos comunes. Nuestra conversación era totalmente familiar. Ello me ha ocu-

rrido en numerosas ocasiones y pienso que el amigo lector habrá experimentado la misma sensación. Es un don que tiene el montañismo.

El calor aprieta, la marcha continúa. No existe monotonía alguna, porque tras abandonar la pista, un excelente camino montañero nos lleva, me atrevo a afirmarlo, por uno de los lugares más bellos del Pirineo. Recuerdo que la naturaleza era exhuberante con el río Vellos siempre a nuestra derecha, unas veces en el fondo del valle, otras al alcance de la mano. Curvas, subidas, bajadas y sendas llaneantes a lo largo de un continuo valle cuyo fin no parece llegar. Muy cerrado y fresco como nuestra tierra vasca. El ronroneo del agua es continuo, lo que nos invita a detenernos, tanto para fotografiar todo cuanto nos rodea como para contemplar este paraíso creado por la mano de Dios. Confieso que al inicio de esta excursión no me hubiera figurado que en un agujero, porque eso es, un agujero que corta unas montañas, existiera tal conglomerado de vegetación conjugado en árboles, plantas, flores, agua, rocas y cielo, sin que ninguna mano humana haya intervenido. En algunos lugares la vegetacón es tan espesa que la senda parece ir a través de un túnel natural que nos cierra la visión del cielo.

La Ripareta, cercano al barranco de la Pardina, era el lugar escogido para finalizar esta primera etapa. Por el barranco de la Pardina existe un paso, aunque difícil de superar, a Ordesa. En este lugar nos esperamos, porque esta última parte muy dura ha desperdigado al compacto grupo. El lugar está muy bien escogido para comer. En grupos devoramos nuestras provisiones. Quiero nombrar a mis compañeros más allegados: Santi,



José Miguel, Iñaki, J. M. Iruretagoyena, Josean, que juntamente compartimos la mesa, compuesta por guisado, pescado en salsa, chipirones, latas, etc. ¡Fue un descanso excepcional tras ocho horas de marcha! Creo que caí dormido sin darme cuenta. Como otros, según constatamos al despertar, a eso de las seis de la tarde. No hay duda que los cuerpos que no son máquinas exigieron descanso y bien merecidamente se lo tomaron.

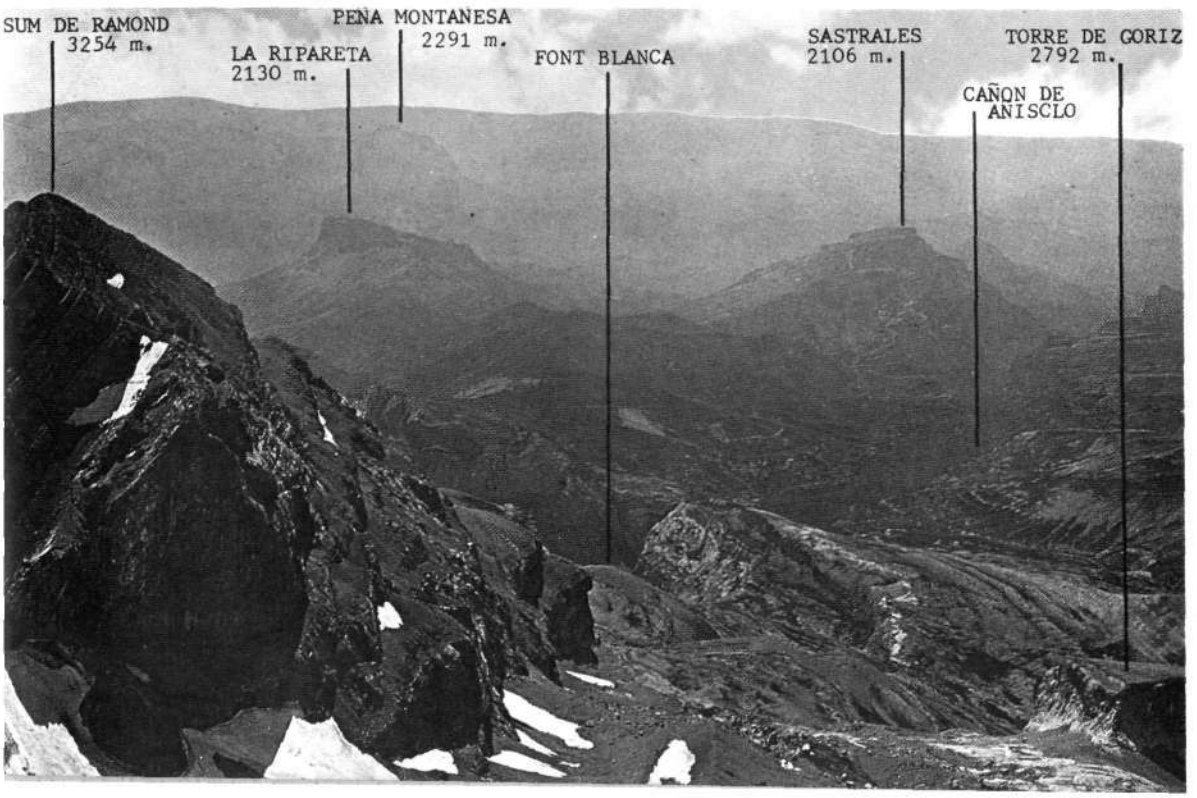
Un inciso para indicar a los lectores que desde este punto hasta Fon-Blanca, con su barranco del mismo nombre y su cola de caballo, lugar éste de ricos pastizales, donde propiamente finaliza la estrechez del cañón, el camino se hace aún más salvaje hasta el punto de que desaparecerá.

Las imágenes fluyen en mí como si estuviera viviéndolas. Eran las seis y media de la tarde, primeramente pensábamos haber dormido en este lugar, pero había un campamento ya situado que ocupaba mucho espacio, y según los mapas aún nos quedaba excesivo recorrido hasta el collado de Añisclo, paso obligado para descender a Pineta.

Por ello, tras un cambio de impresiones, recogimos las mochilas y ¡en marcha! No nos penará, porque este final del día nos ofrecerá una sorpresa de las más interesantes, curiosas y bellas que he encontrado en mi vida montañera.

A paso lento, cerciorábamos el final del estrecho valle. De repente el camino desaparece. Parece que nos hemos desorientado.

—No, no, tiene que ser por aquí, el resto está cortado.



—Debemos continuar, tiene que existir algún paso, otros lo han hecho.

En frente nuestro, el río, cerrado por una enorme roca, en forma de puente sobre el agua. Es el único paso. Nos quitamos las mochilas y a gatas vamos pasando uno a uno hasta un islote situado en el río. Tras nosotros los sacos volarán para ser detenidos en el aire, y depositados en tierra.

Esta acción, nos produce una simpática impresión de carácter de aventura. Todo tiene algo de «exploración a lo desconocido». De pronto un chasquido.

—Pffts.

Vicente ha caído al agua, que parece arrastrarle. Unos fuertes brazos lo emergen. Dentro de la desgracia ajena, unas risas intentan esconderse y silenciarse bajo el jersey. No hay que enfadarse, es sin mala intención.

Es un terreno lleno de dificultades que nos obliga en un extenso metraje a saltar de roca en roca, salvando muchas veces el río.

Anochece. Decidimos finalizar el día. Preparamos el vivac en una hermosa campa. La noche es preciosa, también el lugar. El valle se ha ensanchado. El collado de Añisclo ya es visible, aunque lejano. Con las últimas luces cenamos y preparamos el fuego de campamento.

Recuerdo este momento con verdadera nostalgia y felicidad. Siempre lo tendré como uno de los mejores de mi vida en la montaña. Habíamos andado todo el día, gozando cada minuto. Estábamos cansados pero todos colaborábamos en la preparación de la hoguera con la ilusión de terminar el día alrededor del fuego. Las llamas surgieron violentamente calentando nuestros cuerpos. Cantamos, conversamos, reímos y hasta nos olvidamos que al día siguiente debíamos madrugar. Creo que nuestra fatiga voló con las chispas que se perdían en el firmamento lleno de estrellas, alumbradas con una enorme luna que iluminaba todo. Sin darnos cuenta caímos en el interior de nuestros sacos esparcidos, formando campamento.

Temprano, muy temprano, sobre las cinco y media iniciamos el nuevo despertar. Era el día 19. Hoy finalizaremos la travesía, que se diferenciará sustancialmente al día anterior. Esta última parte es alta montaña, que culminará en las nieves perpetuas del collado de Añisclo, antes de descender al circo de Pineta.

La montaña se ilumina rápidamente. Nuestros cuerpos destemplados van tomando vida reconfortados con los suculentos desayunos llenos de proteínas. Fue un despertar sin pereza alguna, como todos los que hacemos en la montaña. ¡Qué contraste con los despertares diarios en la ciudad! Todos deseábamos partir cuanto antes, recorrer lo desconocido.

← Picos de Pineta.

Desde el collado de Añisclo.

Dura fue esta última ascensión. El grupo se desperdigó, a modo de carrera ciclista. Siempre he comentado que nuestro deporte se asemeja mucho al ciclismo, sólo los bien preparados aguantan un ritmo continuo. Encontramos el terreno herboso, salvando gradas hasta llegar a las morrenas cercanas al collado, repletas de nieve. El valle es más abierto pero limitado por perpendiculares paredes de ambos lados de esta cadena montañosa que parece haber sido cortada por un hacha.

El collado de Añisclo representa la superación de la travesía. Nuestro plan concienzudamente preparado por Iñaki puede considerarse logrado. No nos queda más que el descenso a Pineta, a nuestros pies a más de 1.500 metros de desnivel.

No puedo dejar de relatar la excelente impresión que me produjo la visión del valle de Pineta que está coronado por la altiva mole de La Munia. Numerosas montañas fueron reconocidas entre todos en esos momentos en que todos los que vamos a la montaña hemos experimentado. Todas las montañas se nos antojan cercanas y en nuestra mente las tenemos a punto de escalar. ¡Si pudiéramos vivir sin trabajar y tuviéramos tiempo disponible para recorrer todas estas cadenas! Sueños que tienen qué existir para que nuestra existencia sea más llevadera.

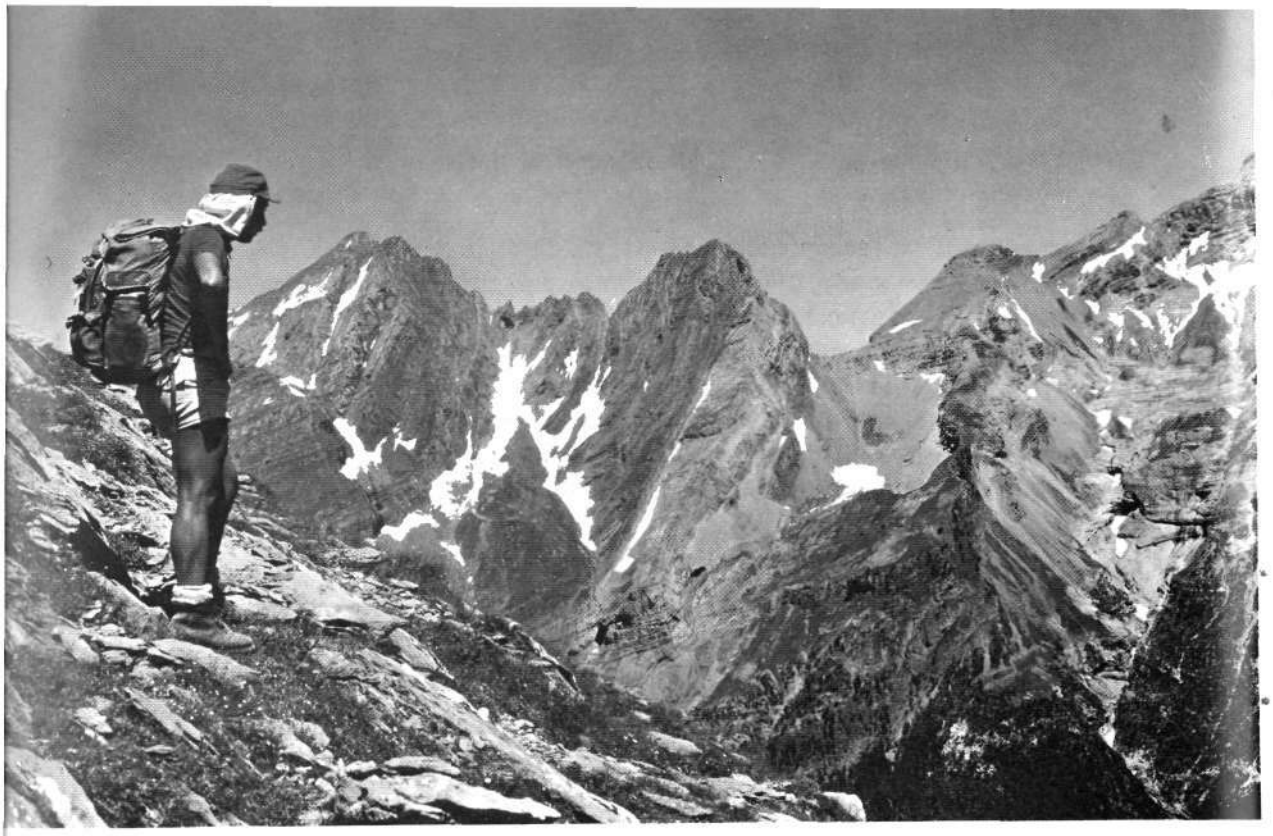
Llegar al Parador nos costará cerca de tres horas, tras el baño de pies que disfrutaremos en el río. Es un descenso fuertísimo. Luego desde el

valle nos parecerá imposible que existiera sendero alguno, porque aquello se asemeja a una pared. Las apariencias engañan y este fenómeno lo observaremos en muchas montañas.

En Pineta no encontramos montañeros, en cambio numerosos turistas deambulaban alrededor del parador. En todo el recorrido no habíamos topado más que con el campamento y con no más de doce montañeros. Sucios, con largas barbas, decidimos recibir los agradables rayos de sol, esta vez descansando. El paisaje merece la pena, porque Pineta se halla cerrado por esbeltos picos que alcanzan los tres mil metros, por un lado la cadena del Perdido y por otro la de La Munia.

No sólo la montaña es propiamente andar por ella. Nuestro deporte resulta más atrayente por las diversas vivencias que nos ocurren en esos días que partimos a la naturaleza. A nuestra llegada a Laspuña, de regreso de Pineta, el río Cinca descendía limpio y con aire cansino. Bajo un puente vimos una «piscina». Creo que José Miguel, Josean, Santi y yo tuvimos la misma idea. Sin decirnos ni una palabra nos encontramos en la orilla. Con rapidez endiablada nos quitamos las ropas y los cuatro nos sumergimos «en bolas» en el interior de la bañera natural. Aquello nos revivió, y nuestros cuerpos cogieron una soltura parecida a la de un deportista que tras una victoria siente hallarse en plena forma, moral y físicamente. El nuevo anochecer nos acercó al pueblo que parecía una fiesta.

Valle de Pineta.



Astazus desde cercanías de Bielsa.

Una fiesta que duró hasta altas horas de la noche. Por nuestra parte a las doce decidimos buscar nuestra cama, que la escogimos en las afueras, en una era. Tumbados en nuestros sacos, sin decirnos palabra, nuestros pensamientos iban dirigidos a esta vida aventurera que es el no tener horarios fijos para comer, cenar, o lugar para dormir, pensando en nuestros primitivos antecesores, cuyo principal problema era subsistir.

Según escribo, nuevas anécdotas montañeras vienen a mi memoria. Esa misma noche, hacia las dos de la madrugada nos despertamos sobresaltados, atacados por mosquitos que nos tomaron como blanco propicio. El lector montañero supondrá fácilmente el guirigay que armamos. Gracias a Dios que estábamos alejados del pueblo. Una buena rociada por todo el cuerpo de Sarpex nos ayudó a conciliar el sueño.

Cuento estas vivencias porque creo que en la montaña nos ocurren muchas incidencias, llenas de alegría y de sorpresa, que no en todos los relatos se describen. Todas ellas están muy íntimamente ligadas al montañismo, forman parte inseparable de la aventura, como lo está el conocimiento social y humano de toda región que visitamos.

Nuevamente con poco descanso, ya que a las cuatro y media de la madrugada del día 20 volvimos a la vida, para ascender a Peña Montañesa de 2.300 mts. de altitud, a la que tuvimos que llegar tras salvar alrededor de

1.500 mts. de desnivel, a través de fuertes pedrizas en su larga arista superior.

Resalto esta ascensión, con la que finalizamos tres días completísimos en los Pirineos, para hacer hincapié en la dureza de la montaña y nuestra resistencia al cansancio. Sin casi dormir en tres días, el cuerpo humano fue capaz de luchar por conseguir ese «algo» espiritual, que es bien difícil de explicar. La montaña es sufrida, para que nuestra satisfacción sea mayor. Debemos aceptarla de esta manera, igual que aceptamos los riesgos que consigo lleva, riesgos que si no tuviera, el montañismo no tendría la aceptación que ha logrado, arrastrando a la juventud. Me agradaría que plumas especializadas, en el estudio sociológico traten en nuestra revista del apasionante tema que es la atracción de los jóvenes a la montaña.

Poco me queda más que añadir, quiero complementar este artículo animando a todos los amantes del Pirineo a conocer este rincón descrito. Sólo es necesario poseer afición y una cierta preparación física. El montañero que realice la travesía particularmente puede tomar en Pineta un taxi que le remitirá al lugar de partida. El esfuerzo y todas las incomodidades deben aceptarse con agrado, con ilusión. Estoy plenamente convencido que la travesía les quedará grabada en su vida como uno de sus mejores recuerdos, porque en esta ocasión la realidad supera ampliamente la ficción.

JESUS M.ª ALQUEZAR
Mayo de 1976